MANUEL ALFREDO RODRÍGUEZ

Presencia de JÓVITO VILLALBA EN LA HISTORIA DE LA DEMOCRACIA VENEZOLANA

1928-1986

DISCURSO
En la Sesión Solemne de la Asamblea Legislativa del Estado Nueva Esparta
La Asunción, Marzo 22, 1986

Edición homenaje del Senado de la República
Caracas/Venezuela/1986

© Manuel Alfredo Rodríguez
Ediciones del Senado de la República
Caracas/Venezuela/1986
ISBN 980-231-025-5

MANUEL ALFREDO RODRÍGUEZ

Presencia de
JÓVITO
VILLALBA

EN LA HISTORIA DE LA DEMOCRACIA VENEZOLANA
1928-1986

DISCURSO
En la Sesión Solemne de
la Asamblea Legislativa
del Estado Nueva Esparta
La Asunción, Marzo 22, 1986

Edición homenaje del
Senado de la República
Caracas/Venezuela/1986

J Ó V I T O

Manuel Alfredo Rodríguez

1937. Caricatura por Egea López, dedicada a la Federación de Estudiantes de Venezuela.

El 6 de febrero de 1928 el victorioso clarín de Matasiete volvió a rasgar los aires de Venezuela. Ese día, después que S.M. Beatriz I, Reina de los Estudiantes, ofrendó rosas de Galipán a las cenizas del Libertador, hizo uso de la palabra Jóvito Villalba, joven margariteño de apenas veinte años, de quien diría al siguiente día el diario El Universal: "se reveló como precoz creador, haciendo desbordar de entusiasmo a la multitud congregada en el amplio recinto del Panteón". Si el 31 de julio de 1817 los disparos ordenados por el Tcnel. Felipe Villalba —marino y artillero de Pampatar— impidieron a las tropas de Morillo franquear El Portachuelo La Asunción-Tacarigua y aseguraron el triunfo de Matasiete, el 6 de febrero de 1928, al cabo de más de un siglo de aquella célebre jornada, un descendiente del jefe de la batería "La Libertad" disparaba el proyectil de su palabra contra la rígida estructura de una tiranía de veinte años y anunciaba a su auditorio y al mundo la resuelta comparecencia de la Venezuela emergente.

¿Qué dijo entonces el espigado bachiller Villalba y cómo lo dijo? La mayoría de los documentos indicadores de nuevos rumbos históricos tienen la característica de la brevedad y el discurso de Jóvito —afortunadamente escrito y conservado— no escapa a la regla general. El orador nato que es Jóvito Villalba —dotado con el don que llamaron los antiguos "elocuencia corporis"— se apoyó en una frase magnifica de José Martí para recordar que al Libertador aún le faltaba mucho por hacer en América y declaró que aquella comparecencia ante su sepulcro obedecía al hecho de que para el Padre de la Patria había llegado "precisamente, inminentemente, la hora de volver a actuar".

El estudiantado universitario incorporaba a Bolívar a una "Recia cruzada (…) a fin de que, volviéndose luminoso su recuerdo en la oscuridad total, les oriente la pupila a todos los que en la patria venezolana la conserven intacta, diáfana, transparente, después de haber estado de cara al sol durante veinte años". Bolívar —añadió— estaba por encima de las claudicaciones de quienes enajenaban su inteligencia para provecho de la antipatria y su idea

había llegado demasiado alto para ser manipulado "como un número más, junto a doctrinas oportunistas, en el programa teatral de las conferencias panamericanas" que solían apañar, agregamos nosotros, las agresiones a los pueblos latinoamericanos. La palabra de Bolívar —precisó el orador— era fundamentalmente válida ante la universidad, "porque sólo en la universidad, donde se refugió la patria hace años, puede oírse otra vez la admonición rebelde de San Jacinto". A esta palabra correspondería "gestar el milagro bíblico de una nueva creación" y ella definiría "frente a la absurda pretensión imperialista de otra raza, el altísimo destino de la raza suramericana".

Esta férvida oración bolivariana tuvo el doble valor de expresar a la Venezuela irredenta y protestataria y de convocar a la unidad del pueblo para la lucha por la libertad y la conquista de la modernidad. Esas palabras fueron como la partida de nacimiento de las acciones estudiantiles y populares que cristalizaron —como ha dicho con exactitud Juan Bautista Fuenmayor— en "un gran frente unido de clases, logrado por primera vez en la historia contemporánea de Venezuela". En su sentido y vibración estaban presentes el hambreado e incipiente proletariado petrolero que en 1925 había desafiado el terror gomecista y las represalias de las compañías imperialistas para paralizar durante varios días la industria petrolera en la costa occidental de Lago de Maracaibo; la inquietud de las nuevas generaciones que, desde 1926 fundaban centros estudiantiles y editaban revistas literarias en los colegios federales provincianos y, en 1927, habían reconstituido en la Universidad Central la Federación de Estudiantes de Venezuela; la apetencia de contemporaneidad de los escritores y artistas de vanguardia que miraban a su país y al mundo con mirada distinta a la de sus predecesores y se afanaban en encontrar un lenguaje que los identificara con su tiempo y con su gente y les permitiera expresarlos con propiedad; la angustia de los pequeños y medianos terratenientes ahogados por la crisis agraria y por la terrofagia insaciable de los personeros del régimen: las zozobras de la débil burguesía industrial coartada por los monopolios de la dictadura y el poder incontrolado

de las transnacionales y la miseria de las clases medias, los artesanos y los obreros por influjo de los mismos factores. De ahí que las siguientes jornadas de la "Semana del Estudiante" condujeran, al margen de la inicial intención de sus proyectistas, a una insurgencia colectiva que habría de manifestarse en la prisión voluntaria de los estudiantes, la erupción de motines populares y el intento de un paro patronal, hasta culminar con el estallido del alzamiento cívico-militar del 7 de abril de 1928. "El año de 1928 marcó el comienzo del movimiento democrático y popular de Venezuela" —ha dicho Fuenmayor— y la clarinada anunciadora del advenimiento del nuevo tiempo fueron las palabras unitarias y transidas de auténtico fervor bolivariano dichas valientemente por Jóvito Villalba ante las cenizas venerandas del Padre de la Patria.

Aquí comienza el holocausto de Jóvito Villalba en aras de la unidad del pueblo venezolano con miras a lograr el imperio de una democracia política y social y la conquista de la liberación nacional. Venezuela entera sabe que la orden de su aprehensión fue girada personalmente por el Dictador y que a lo largo de cinco años interminables —desde 1929 hasta diciembre de 1934— Jóvito permaneció secuestrado en el lúgubre castillo de Puerto Cabello con el tormento adicional de un par de grillos ceñidos a los tobillos. Se dice fácil y se dice pronto... cinco años de una juventud gallarda, briosa y soñadora, encerrada y consumida tras los muros de una prisión sin más compañía que el dolor, las enfermedades y la muerte. Siete años de privación del amor, del hogar, de la variedad del mundo, de los refinados goces del espíritu, de la libertad, en fin, con todas sus bienandanzas. Ciertamente, se necesita un excepcional temple espiritual, una moral cívica invulnerable y un profundo respeto a la propia dignidad para resistir con entereza y hasta con optimismo el descarado despojo del bien inestimable e intransferible que es el disfrute de la vida. Jóvito se enfrentó a su destino y no sucumbió a la tentación de escribir cartas de arrepentimiento o de mover amistades que tal vez hubiesen puesto término a su tormento. La cárcel fue la escuela de venezolanidad y la fragua forjadora de su voluntad combatiente. Nunca le he escuchado referirse

a su pasantía carcelaria ni con acritud ni con amargura y, más bien, hasta le he visto alegrarse al recordar algunos de los pocos momentos plácidos que le deparó la sordidez del presidio. Así, por ejemplo, cuando narra su aprendizaje de la gran plástica universal a través de la memoria, la sensibilidad y la palabra seductora de su ilustre compañero de infortunio, el poeta Andrés Eloy Blanco. El Castillo podía hasta segar la vida de los prisioneros pero no maniatarles la incoercible libertad del espíritu. Y convertido en "Barco de piedra" para la navegación de la esperanza, llevó a su huésped margariteño a estudiar y enseñar, a colaborar en el ambicioso propósito de redactar un texto de filosofía y a profundizar su conocimiento de Venezuela, no sólo a la luz de las teorías divulgadas por Pío Tamayo y por algunos mayores en edad y saber, sino ante los testimonios vitales de los venezolanos de todas las regiones, edades, extracciones sociales, grados de cultura y filiaciones ideológicas que confluían en su patio colonial. Allí Villalba se adiestró para su futuro menester de catedrático de Derecho Constitucional y allí recibió de sus compañeros el afectuoso título de "Maestro". Los años venideros confirmarían la validez integral del honroso calificativo.

La excarcelación en tiempos de Gómez significaba el traslado de la cárcel pequeña del Castillo a una cárcel más grande que era la totalidad de la República y a poco Villalba se vio forzado a tomar el camino del destierro. Se fue a Trinidad —isla geográficamente venezolana— donde la brisa marina le llevaba los aromas de la Margarita y de la costa de Paria. En breve ocurre la muerte de Gómez y el impaciente desterrado —a quien no se otorgó la visa— tira "la parada de guapo" de meterse de polizón en un barco nazi que viaja hacia La Guaira, de cuyo muelle pasa, sin solución de continuidad y en calidad de detenido, a la Prefectura del Departamento Vargas. Allí vio transcurrir la Nochebuena de 1935 y al cabo de breve lapso es liberado por el presidente López Contreras y asume la presidencia de la renacida Federación de Estudiantes de Venezuela. Tengo de aquellos días —los primeros de 1936— uno de los recuerdos más nítidos de mi infancia. Una noche circuló la noticia de que Jóvito Villalba —"el líder de los estudiantes", a mayor

abundamiento— iba a hablar o estaba hablando al país por los micrófonos de la entonces Broadcasting Caracas. En la Ciudad Bolívar de la época eran escasos los aparatos de radio y en la cuadra de mi residencia apenas si una sola familia poseía uno de aquellos radiorreceptores embutidos en un mueble con tres botones prominentes y figura de arco ojival. Todo el vecindario corrió hacia la casa de la radio y, deslizándome entre las piernas de los mayores, pude escuchar la voz nasal e incisiva del orador cuando iniciaba un rotundo período con la sonora frase condicional: "Porque si las cenizas de Juan Vicente Gómez..." Han transcurrido muchos años y aún permanecen en mi memoria las expresiones de fervoroso recogimiento y encendida admiración con que los oyentes de aquella noche escuchaban el mensaje de la Nueva Venezuela.

A estas alturas ya estaba replanteada, aunque en términos distintos a los del 28, el enfrentamiento entre la Venezuela emergente y una tradición dictatorial ahora empeñada en sobrevivir o en conservar lo fundamental de sus intolerables prerrogativas. Jóvito mismo ha descrito aquella situación con notable precisión: "Todos los ministros eran gomecistas, todos los gobernantes gomecistas, gomecismo en Miraflores, gomecismo en las jefaturas civiles y en las aduanas. Todo era gomecismo y en el centro López Contreras hablando de libertad. Se presentó entonces y se puso en marcha en nuestro país el proyecto de lo que después, en estos días, hemos llamado en la jerga política, una experiencia de *Caetanismo*, por referencia al famoso Ministro de Salazar que gobernó por unos cuantos años por más después de muerto su jefe, el gran maestro de Derecho Fiscal en la Universidad de Coimbra, el famoso Salazar, que estuvo gobernando tres o cuatro años más sobre el pobre Portugal, con los mismos equipos con que Salazar pudo aplastar durante treinta años, el espíritu civil de la nación lusitana". La Federación de Estudiantes de Venezuela era la única organización popular con tradición y arraigo en el sentimiento público. De ahí que la FEV —con Jóvito a su cabeza— fuera ariete y escudo en el empeño de romper la estructura dictatorial para ganar y afianzar la causa de la institucionalidad democrática. Las severas restricciones impuestas a la libertad de expresión y la sangre del pueblo

protestatario vertida en la Plaza Bolívar de Caracas, generaron la respuesta de la Nación canalizada por la FEV y concretada en la memorable manifestación cívica del 14 de febrero de 1936, día en que el pueblo de Venezuela proclamó su papel protagónico en el forjamiento de nuestra historia y punto de partida de la evolución democrática de nuestro país. Una multitud calculada entre treinta y cincuenta mil personas —hecho sin precedentes en los anales venezolanos— marchó ordenadamente desde la Universidad hasta Miraflores por las calles de Caracas absolutamente paralizada y ese gentío fue guiado por dos margariteños de distintas generaciones pero vinculados por un ideal común de civilidad: me refiero al entonces venerable e ilustre Rector de la Universidad Central, Dr. Francisco Antonio Rísquez —hijo de Juangriego— y a Jóvito Villalba, vocero de la Unidad Nacional, cuya voz fue la voz del común para solicitar del presidente López Contreras la exclusión del Gobierno de los prohombres del gomecismo y la restitución y vigencia plena de las garantías constitucionales. El Presidente accedió a satisfacer las demandas populares a cambio de la suspensión de la huelga general y ambas partes cumplieron sus compromisos. La unidad del pueblo venezolano, inteligentemente concertada e interpretada por la FEV y su líder Villalba, había podido abrir brecha en la ciudadela dictatorial e iniciado una marcha hacia la democracia que, no obstante reveses y altibajos, continuaría ininterrumpidamente en búsqueda de la mayor perfección del sistema. Vista a la luz de la perspectiva histórica, la gesta popular del 14 de febrero, luce con caracteres excepcionales cuando se piensa que en aquellos días no existían partidos ni sindicatos y que el ejército gomecista era la única institución con la organización y los recursos necesarios para jugar un papel decisorio en la vida nacional. El pueblo inerme sólo dispuso del instrumento de la unidad y en la oportunidad del 14 de febrero lo utilizó con una armoniosa combinación de audacia y prudencia que fue la clave de su primera victoria.

Luego vinieron los años cambiantes del quinquenio lopecista. Fueron los años de la organización de la FEV (organización política), de la unificación

de los sectores populares en el frustrado proyecto del primer Partido Democrático Nacional, de la lucha contra una reacción agresiva que usaba a su sabor y antojo el chantaje anticomunista, de los empeños —no exentos de errores— de movilizar a las masas populares para acelerar el proceso de democratización, de la justa y patriótica huelga petrolera de 1937 y también del afinamiento de la agresividad del famoso Inciso 6º para disolver los partidos populares y centrales sindicales, expulsar del país a los líderes democráticos y cancelar por vías represivas el vasto movimiento nacional puesto en marcha el 14 de febrero. En aquel tiempo de allanamientos, prisiones, multas, clausuras y deportaciones, Jóvito Villalba tenía que ser y fue de las primeras víctimas seleccionadas para lograr el amedrentamiento del pueblo y por ello fue sometido a juicio, se invocó el Inciso 6º para privarle de la Diputación que le fuera conferida por las municipalidades de su nativo Nueva Esparta y, en marzo de 1937, se le expulsó del territorio nacional.

La impronta dejada por el 14 de febrero y las lecciones impartidas por las juventudes del 28 y el 36 habían quedado incorporadas a la conciencia pública y por ello la transitoria derrota del movimiento popular no fue suficiente para ahogar el anhelo de apertura democrática. Ya desarticulada la ofensiva de las masas, el régimen optó por liberalizarse y Jóvito, ahora político sin partido, regresó legalmente a Venezuela —antes lo hizo en forma clandestina— para reanudar su prédica democrática y resumió así, el sentido de su quehacer ciudadano: "La tarea que tienen, de nuevo en 1940, planteadas las fuerzas democráticas es precisamente la misma olvidada entonces —aludía a los errores cometidos en 1936 y 1957— de unificar, bajo las banderas de un programa limpio de toda sugestión extraña a aquel objetivo nacional, a todos los vastos sectores que anhelen una solución política que asegure al país el avance y la culminación del progreso democrático". Esta formulación de tipo general fue respaldada por artículos y declaraciones de prensa sobre aspectos difíciles de la realidad. En un momento en que la vigencia del principio de la alternabilidad republicana era cuestión de vida o muerte para la democracia, Villalba enfrentó resueltamente los proyectos

continuistas de quienes pretendían la reelección de López Contreras o apelaban a argucias jurídicas para sostener que el periodo presidencial debía extenderse a siete años por virtud de que la elección del Presidente se había practicado conforme a los términos de la Constitución gomecista de 1931. En el ínterin el líder legendario se reintegró a sus estudios de Derecho, los cuales culminaría al obtener en la Universidad Central el Doctorado en Ciencias Políticas y al cabo de 17 años de ennoblecer el título de estudiante. A poco andar retribuiría a la Universidad los beneficios que ella le dispensó al servir durante largos años, con solvencia y brillo excepcionales, la cátedra de Derecho Constitucional. Quienes tuvimos el privilegio de ser sus alumnos —y yo lo fui en 1949— jamás olvidaremos su acopio de conocimientos, la pedagógica elocuencia de sus exposiciones y el ademán tribunicio con que subrayaba sus brillantes conferencias vespertinas, escuchadas a menudo por una barra que solía apostarse a las puertas del aula. A mi particularmente —recién llegado de mi provincia— me parecía un sueño ser alumno de Jóvito Villalba y estar sentado, dos o tres veces por semana, frente a Jóvito Villalba. No hubo entonces estudiante venezolano de mentalidad democrática que no quisiera ser otro Jóvito Villalba o cuando menos parecerse a Jóvito Villalba.

El ascenso al poder del presidente Medina Angarita significó una mayor liberalización del Gobierno que se autodesignaba "bolivariano" y esta circunstancia exoneró de obstáculos la proclamación de Jóvito Villalba como Senador por Nueva Esparta después de su inequívoca victoria sobre un candidato oficial. Ello ocurrió en 1943 y la gestión parlamentaria del flamante senador independiente destaca con singular relieve en la historia del Parlamento venezolano. Villalba abogó terca e inútilmente por la incompatibilidad de las funciones ejecutivas y legislativas para dar independencia a las Cámaras Legislativas e insistió con invariable asiduidad en el respeto a la voluntad popular expresada en los comicios y en la reforma de un sistema electoral restrictivo e imperfecto, insistiendo, sobremanera, en la adopción de la representación proporcional de las minorías y en la elección del Presidente de la República por sufragio universal, directo y secreto. Todas

las iniciativas progresistas de la época lo tuvieron por abanderado y nunca escatimó sus simpatías a los movimientos progresistas y revolucionarios del mundo ni hizo concesiones en materia de principios. De la universalidad y continuidad y coherencia de su pensamiento político, da buena cuenta su célebre discurso en homenaje a la memoria del presidente Franklin Delano Roosevelt, modelo de pieza oratoria, en el cual incursionó, con singular clarividencia, en el futuro de la humanidad conmovida y desangrada por el horror de la II Guerra Mundial: "La organización y el progreso de la humanidad futura, no son posibles sino sobre esa base insustituible: la unión viva y sincera, poderosa y flexible, del mundo socialista con la humanidad democrática de Occidente".

El 18 de octubre de 1945 se derrumbó el régimen instaurado por Cipriano Castro en 1899, fortalecido por Juan Vicente Gómez durante los 27 años de su dura tiranía y liberalizado por el presidente López Contreras y por el presidente Medina Angarita. La caída del gobierno de Medina —minado por insalvables contradicciones internas en lo político y lo militar— significó el fin de una época histórica y el advenimiento de otra, surgida de un hecho de fuerza de consecuencias impredecibles. En aquellos días la voz de Jóvito Villalba se levantó para clamar por un gobierno de Unidad Nacional que garantizara igualdad para todos en el proceso electoral y avalara con una vasta representatividad el afianzamiento de las conquistas políticas y sociales instauradas por el nuevo gobierno cívico-militar. Luego se incorporó a Unión Republicana Democrática y en breve surgió como su máxima figura dirigente, y por supuesto, como el principal vocero de su consigna unitaria. A raíz del derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, Jóvito abogó inútilmente por el mantenimiento del sufragio para los millares de venezolanos de edades comprendidas entre l0s 18 y los 21 años y su actitud oposicionista se fue acrecentando en la medida en que el régimen militar menospreciaba sus promesas de ceñir su actuación al propósito fundamental de celebrar elecciones libres y auspiciar la restauración del Estado de Derecho. La historia es demasiado conocida por reciente y no vale la pena empañar la

alegría de esta fiesta de la Venezuela democrática recordando los pormenores de aquella progresiva declinación hacia la barbarie.

Jóvito calibró la gravedad de los síntomas, percibió la magnitud de la amenaza y se aprestó a enfrentarla con el arma de la unidad popular. A sabiendas del impúdico ventajismo oficialista y sorteando los riesgos de una represión cada día más descarada, el líder urredista abrió su partido al sentimiento de todos los venezolanos con sus consignas de integración nacional y unidad popular, incorporó los torrentes de opinión generados por los ilegalizados partidos Acción Democrática y Comunista y con fervor de cruzado se dedicó a recorrer el país para persuadir a los venezolanos en el sentido de que su determinación colectiva habría de sobreponerse a los desmanes y la insolencia de la dictadura y contrariar la tesis abstencionista que se sustentaba sobre bases nada desdeñables. Aquella tarea fue verdaderamente ciclópea si se recuerda que en Venezuela el Gobierno no perdía elecciones y que un golpe de Estado Mayor había bastado para derrocar a Rómulo Gallegos, el venezolano universal por imperativo de su obra literaria, el Maestro respetado por la dimensión de su magisterio cívico y docente y el único de los presidentes de Venezuela hasta entonces elegido por sufragio universal, directo y secreto. La brega denodada contra el escepticismo fue dando sus frutos y la prédica unitaria de Villalba y sus compañeros urredistas despertó la esperanza de una victoria cívica hasta en el ánimo de quienes, dadas las circunstancias, sólo creían en la factibilidad de una salida violenta.

El momento culminante de aquella cruzada memorable lo marcó el histórico mitin celebrado en el Nuevo Circo de Caracas el 26 de noviembre de 1952. Yo estaba entre el gentío agrupado en el ruedo de la plaza de toros y escuché la palabra pausada y nacionalista de Mario Briceño-Iragorry que invitaba a la lucha por la salvaguarda de la nacionalidad. Luego subió Jóvito para pronunciar una oración que es, sin lugar a dudas, uno de los textos fundamentales de la historia política de Venezuela. Recuerdo el momento

indescriptible de su condena al asesinato de mi inolvidable jefe Leonardo Ruiz Pineda el 21 de octubre anterior y el vocerío clamoroso e interminable que estalló con épico sonido mientras millares de pañuelos se agitaban con frenesí. Con la misma energía condenó los horrores del campo de concentración de Guasina, denunció los excesos del régimen, pidió libertad y garantías para todos, solicitó la defensa de la economía nacional y concluyo con una afirmación categórica: "Ya ésta no es la empresa de un partido, sino la de todo un pueblo que ha tomado posesión de la campaña. El pueblo ha bajado a la calle y ha tomado conciencia de un objetivo: la reconquista de la democracia". Una vez más, como en 1928 y 1936, Jóvito Villalba era la encarnación del pueblo de Venezuela y a la salida del mitin centenares de jóvenes, poseídos de frenético entusiasmo, animamos una cadena de mítines relámpago que llegó hasta El Silencio y contra la cual resultaron impotentes los rolazos, los planazos, las bombas lacrimógenas y los tiros de revólver.

Jóvito tuvo razón y el pueblo de Venezuela derrotó a la dictadura con la tarjeta amarilla de Unión Republicana Democrática. Su llamada prendió en el corazón de adecos, comunistas e independientes y todos juntamos voluntades para superar la desigualdad de la lid comicial y vencer electoralmente a la camarilla de militares y civiles neofascistas que manipulaba el poder. La victoria popular fue frustrada por el fraude del 2 de diciembre de 1952 pero, ni este atentado ni la alevosa detención y extrañamiento de Jóvito y sus compañeros de directorio urredista, alcanzaron a suprimir las consecuencias positivas de la espléndida jornada unitaria. De una parte el régimen se vio compelido a consumar una nueva usurpación que avivaría la combatividad de las vanguardias democráticas y de la otra quedaron a la vista las consecuencias positivas de la unidad popular.

En el año terrible de 1954 —ya desatada la pavorosa oleada represiva en supuesto resguardo de la X Conferencia Interamericana— Guillermo García Ponce, Fabricio Ojeda y yo, a título de representantes del PC, URD y AD, instalamos en Caracas el primer organismo interpartidista de

coordinación antidictatorial. En 1957 Jóvito visitó México y Gonzalo Barrios y yo acudimos a saludarlo y a conversar en términos francamente unitarios. Ya en Venezuela se desarrollaba un anchuroso movimiento antiplebiscitario y estaba en marcha la integración de la Junta Patriótica cuyo nombre —cuenta Jesús Sanoja Hernández— surgió de un diálogo sostenido en Nueva York, justo el año 57, por Jóvito Villaba y Amílcar Gómez. Esa Junta Patriótica ya no sólo contaría con la participación de AD, URD y el Partido Comunista, sino también con la animosa incorporación de un Copei en actitud beligerante. El resultado de la prédica unitaria y de la acción conjunta por ella generada fue el 23 de enero de 1958.

El siglo XX venezolano está lleno de la presencia de Jóvito Villalba, no sólo por su rol protagónico en los momentos estelares de nuestro pueblo, sino por su consecuente dedicación a la defensa de los más altos ideales de auténtica democracia, justicia social y liberación nacional. Hombre de masas, que ha vivido casi siempre en olor de multitud, también ha conocido, como todos los grandes conductores populares, los sinsabores de la derrota y la inevitable soledad que suele acompañarla. Mas ni los reveses ni las ingratitudes han logrado doblegar su voluntad ni quebrantar su natural optimismo. Jóvito Villalba es, desde hace mucho tiempo, un personaje histórico en la más alta y cabal acepción del calificativo. De ahí que las lecciones derivadas de su obra y sus experiencias sean de capital interés para todos los venezolanos.

Y en esta hora de crisis que vive Venezuela —una de las más profundas y dramáticas de toda su historia— se hace indispensable repetir su llamado unitario para compactar al pueblo de Venezuela en la lucha por la plena vigencia de la Constitución de 1961, no sólo con la observancia de su articulado, sino con el logro de la legislación que haga efectiva la vigencia plena del espíritu y la letra de las normas constitucionales. La unidad defendida y preconizada por Jóvito Villalba debe ser restaurada para propugnar y conseguir una reforma del Estado que ponga el interés colectivo

por sobre el pragmatismo banderizo a fin de hacer del Estado un instrumento dotado de eficacia para servir los intereses del cuerpo social. Esa unidad es igualmente necesaria para defender la soberanía nacional de cualesquiera riesgos que la amenacen y esa unidad es la única herramienta efectiva que permitirá al país enfrentar corajudamente la gangrena de la corrupción que amenaza devorar el cuerpo mismo de la Patria. Toda la vasta gama de los vicios y corruptelas que se abate sobre el país, destruye la moral social y amenaza la integridad misma de la República, sólo puede encontrar freno y extinción mediante una acción enérgica y concertada —unitaria en síntesis— de la mayoría de la gente sana que para fortuna nuestra todavía prevalece en Venezuela. La gravedad de la presente hora venezolana —cuyas dramáticas características son de todos conocidas— concede una indiscutible y hasta una más urgente actualidad al quehacer unitario que Jóvito Villalba supo entender e interpretar el 6 de febrero de 1928, el 14 de febrero de 1936 y a lo largo de 1952.

Jóvito, Maestro de Venezolanidad, sigue siendo ejemplo y camino en el largo y áspero trecho que toca andar a los venezolanos para superar las presentes dificultades.

La Asamblea Legislativa y las municipalidades del Estado Nueva Esparta me han discernido altísima honra al hacerme su vocero en la oportunidad de proclamar a Jóvito Villalba, con sobra de razón y gallardía, Hijo Predilecto del Estado Nueva Esparta. Ciudadano políticamente independiente, no tengo otros títulos para esta singular distinción que los de amigo y alumno de Jóvito a tiempo que el de ferviente amador y admirador de esta isla maravillosa que es un como depósito de las más puras esencias de la nacionalidad y uno de sus más invulnerables reductos. Margarita —Nueva Esparta toda— ha cumplido con el deber de iniciar el homenaje nacional que le era debido a Jóvito Villalba y cuyo retraso ya se tornaba incomprensible.

Hoy, al enaltecer a un hijo que tanto ha enaltecido su gentilicio, se ha honrado a sí misma y ha deparado honor y satisfacción a todos los participantes en este acto justiciero y a los millones de venezolanos que reconocen la aportación excepcional de Jóvito Villalba a la causa de Venezuela y que seguramente dicen con nosotros: Maestro ¡Salud y larga vida!

(Discurso de Orden pronunciado en la sesión solemne de la Asamblea Legislativa del Estado Nueva Esparta celebrada en La Asunción el 22 de marzo de 1986).

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DEL CONGRESO DE LA REPÚBLICA
EN EL MES DE ABRIL DE 1986

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.
Transcripción, corrección, diseño y diagramación:
Licdo. Frank Omar Tabasca
frank_otl@hotmail.com
La Asunción, estado Nueva Esparta
Diciembre de 2023